

MÓNICA BOLUFER PERUGA

ARTE Y ARTIFICIO DE LA VIDA EN COMÚN

**Los modelos de comportamiento
y sus tensiones en el Siglo de las Luces**

Marcial Pons Historia
2019

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
AGRADECIMIENTOS	9
INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO 1. EL LENGUAJE DE LA URBANIDAD. INQUIETUDES Y PARADOJAS	27
¿Qué encierran los nombres? Las palabras de la cortesía	27
La urbanidad en la cuerda floja	64
<i>El problema de la «naturaleza» y las mil caras de la «sinceridad»</i>	<i>68</i>
<i>Urbanidades «verdaderas» y «falsas»: de los ensayos de Feijoo a la prensa de principios del siglo XIX</i>	<i>88</i>
<i>Reciprocidad versus lisonja: críticas femeninas de la galantería.</i>	<i>109</i>
CAPÍTULO 2. TEXTOS Y AUTORÍAS	125
Herencias y transformaciones: los textos de civildad en la Europa moderna	128
<i>Tradiciones europeas</i>	<i>128</i>
<i>El caso español</i>	<i>137</i>
Enseñar lo que no puede enseñarse.....	148
<i>La escuela del mundo para varones aristócratas</i>	<i>148</i>
<i>Adaptando el «espíritu» del conde de Chesterfield</i>	<i>164</i>
Civildad para aspirantes.....	174
<i>Instrucciones de uso.....</i>	<i>174</i>
<i>El juego de las reglas en la prensa periódica.....</i>	<i>186</i>

	Pág.
Una urbanidad cristiana y escolar.....	193
Las mujeres y la formación para la vida social	207
<i>Una «política» para las damas.....</i>	<i>207</i>
<i>Los límites de la sociabilidad mixta</i>	<i>219</i>
 CAPÍTULO 3. CIRCULACIÓN Y USOS.....	 227
La literatura de cortesía y sus públicos.....	227
El laberinto de las bibliotecas	239
Vivir la civilidad: diplomacia y cortesía en la experiencia de una pareja aristocrática.....	252
Escrituras del yo: formarse y formar.....	276
<i>La propia vida a modo de enseñanza</i>	<i>276</i>
<i>Gestos corteses: autobiografías y retratos de otros</i>	<i>296</i>
 CAPÍTULO 4. LA CIVILIDAD DE LOS EXTRAÑOS	 323
La diversidad de las costumbres y las normas de cortesía	323
Leer el libro del mundo.....	340
El viaje como escuela de vida.....	373
 ALGUNAS REFLEXIONES FINALES.....	 387
 FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	 395
Fuentes manuscritas	395
Fuentes impresas	396
Bibliografía	407
 ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	 439

INTRODUCCIÓN

Hace algún tiempo, durante una comida en el Newnham College de Cambridge, donde me encontraba realizando una estancia de investigación, una colega a la que acababan de presentarme se refirió en tono humorístico a lo que yo le había descrito como el objeto de mi trabajo, la noción y las prácticas de la civilidad, aludiendo a que, dados mis intereses, me resultaría fácil dar con el cubierto apropiado para cada plato, según los cánones del arte de la mesa. La broma, amable y bienintencionada, sugiere que todavía hoy existe el riesgo de que un tema así se tome como una cuestión menor, cuando no simplemente rancia, cifrada en el estudio de los modales, es decir, las formas externas de trato y cortesía: familiares, curiosas o extrañas, pero en última instancia anecdóticas («el maquillaje de la historia», en palabras de Anna Bryson)¹.

En efecto, los códigos de civilidad tienden a parecernos hoy en día una regulación meramente formal y protocolaria, que limita la libertad del individuo e impide la expresión del *yo* auténtico². Y al mirar al pasado tendemos a proyectar sobre él nuestro propio rechazo, como sujetos modernos, hacia esas normas, olvidando el carácter también pautado (si bien por códigos menos visibles, más interiorizados) de otro tipo de comportamientos que solemos considerar naturales, como los que conciernen a los afectos. Y ello

¹ Anna BRYSON (1998), «Introduction».

² Algunas reflexiones interesantes en Francisco Javier LASPALAS (1998), pp. 199-208, e íd. (2003), pp. 311-343.

a pesar de que hace ya mucho tiempo que la historia cultural, incorporando planteamientos de la sociología y la antropología, se viene interesando por las prácticas cotidianas, entendiendo que todos los comportamientos (y los sentimientos) se inscriben en alguna medida en convenciones sociales, explícitas o tácitas. En este sentido, tanto la historia social como la cultural abandonaron décadas atrás una visión frívola de los modales o las normas de cortesía como mera cuestión de formas para entenderlos como códigos, lo que permite elevarse desde el detalle de las recomendaciones exactas o de los rituales precisos (los tratamientos verbales de cortesía, los gestos de la deferencia o la galantería, las buenas formas en la mesa o en el juego), para interrogarse por la lógica que los gobierna, los propósitos o aspiraciones a los que sirven y los efectos que producen. A través del estudio de esas normas, se puede acceder a todo un sistema de significados que revelan las formas del orden social y las pautas de construcción de la subjetividad.

Este libro pretende culminar una línea de trabajo que inició hace más de una década, firmemente enraizada en la disciplina histórica, aunque receptiva al diálogo con la filosofía, la sociología, la antropología y la literatura. En este sentido, mi perspectiva se ha nutrido de las aportaciones que desde ángulos muy distintos se vienen realizando al tema. En primer lugar, la historia intelectual o de los conceptos y la lexicografía histórica, que se han interesado por las nociones que articulan el vocabulario europeo de la cortesía. Las investigaciones desarrolladas, en especial en Francia, por estudiosos de la literatura o historiadores de las ideas como Peter France y muy en particular por el grupo articulado en torno a Alain Montandon —al que se deben importantes monografías y volúmenes colectivos— han analizado con precisión y finura ese léxico, pero lo han hecho sobre todo para *l'âge classique* de la cultura francesa, el siglo XVII, sin adentrarse apenas en el XVIII, época en la cual, sin embargo, la publicación de textos y la discusión sobre las normas de la *politesse* siguió siendo muy intensa³. En Italia se ha estudiado la lógica, el vocabulario y el espíritu de los manuales de cortesía renacentistas en sutiles traba-

³ Peter FRANCE (1992) y Alain MONTANDON (1992, 1994, 1995a, 1995c, 1997a y 1997b).

jos, entre los que destacan los de Amedeo Quondam y los coordinados por Daniela Romagnoli⁴. En otra línea, la literatura y la filosofía se han aproximado a un concepto fuerza del siglo XVIII como el de «civilización». Se trata de una noción que indicaría, de un lado, la confianza en la perfectibilidad humana, individual y colectiva, es decir, en la capacidad de progresar, superando la rudeza primitiva hacia formas de vida no sólo más refinadas, sino también más morales; de otro, el temor a que el desarrollo del consumo y el comercio, la sociabilidad, las artes y las ciencias implicara por necesidad un cierto grado de corrupción, de necesidades superfluas y modos poco sinceros de trato. La tensión entre el rostro (la verdadera humanidad) y la máscara (la cortesía hipócrita) —tanto más intensa cuanto que se reconocía la dificultad de separar una de otra— habría sido, así, un rasgo constitutivo de la cultura del siglo XVIII, atravesada por la sospecha de que la civilización era, a la vez, «remedio» y «mal», como reza el título de la clásica obra de Jean Starobinski⁵. Una complejidad sobre la que, en tiempos más recientes, ha insistido la obra colectiva dirigida por el filósofo Bertrand Binoche, en la que se exploran las resonancias de la noción de «civilización» en el pensamiento europeo del siglo XVIII, desde la fisiocracia francesa y la economía política escocesa a la filosofía alemana⁶.

Por otra parte, y entre las influencias mayores, ningún estudio sobre la civilidad puede, todavía hoy, dejar de ser deudor en alguna medida de la obra imprescindible de Norbert Eliás sobre el «proceso de civilización», término con el cual denominó la amplia evolución de los comportamientos que entre fines de la Edad Media y principios del siglo XIX se habría caracterizado por el reemplazo de las coacciones impuestas desde el exterior sobre los individuos por formas de autoacción que controlarían las pulsiones de forma más rigurosa, sometiéndolas a las exigencias del trato social⁷. Motores de ese cambio serían, en su interpretación, el carác-

⁴ Amedeo QUONDAM (2013) y Daniela ROMAGNOLI (1991b).

⁵ Jean STAROBINSKI (2000).

⁶ Bertrand BINOCHÉ (2005a).

⁷ Norbert ELIAS (1982). Su obra, publicada en alemán en 1939, tuvo un impacto tardío al ser traducida al francés y al inglés en la década de 1970, y con mayor retraso todavía al castellano.

ter cada vez más complejo de la organización social, que obligaba a regular la convivencia interiorizando reglas y prohibiciones, y —en particular en el caso francés— la construcción de la monarquía absoluta. La corte habría sido el escenario principal de producción de normas de comportamiento, poco a poco difundidas al resto de la sociedad en un proceso que habría conducido a una mayor contención del cuerpo y de los afectos, configurando un espacio íntimo y personal protegido por las barreras del pudor, y que habría ido erradicando las formas de violencia privada, sustituyéndolas por la competencia por el poder y el prestigio mediante signos externos de distinción.

Obra de gran ambición y profundo y duradero influjo, la de Elías, como toda obra clásica, ha sido utilizada y discutida con vehemencia desde la historia, la filosofía y la sociología⁸. Se ha señalado, entre otras cuestiones, que su perspectiva está en exceso determinada por el modelo francés en el que fija principalmente su atención, lo que le lleva a conceder una importancia extrema a la «sociedad cortesana», en el doble sentido de microcosmos de la corte y de sociedad dotada de una corte que actúa como motor de las transformaciones culturales. En este sentido, se le ha reprochado que no reconozca lo suficiente la importancia que las cortes italianas e hispánicas tuvieron en el sistema áulico europeo y, con ello, la intensidad y amplitud de su influjo sobre los modelos de buena crianza⁹. Por otra parte, se ha criticado que atribuya la principal responsabilidad en la producción de pautas de comportamiento urbano a la corte cuando hubo otros espacios desde los cuales se impulsó la disciplina de los comportamientos: la Iglesia y, de manera notable, las ciudades¹⁰. Esta objeción se refiere en particular a aquellos territorios, como Italia o Inglaterra, donde la vida urbana tuvo una gran pujanza (en el primer caso desde el Renacimiento, en el segundo desde finales del siglo XVII y de forma más limitada a la capital), haciendo de la ciudad un

⁸ Véase, entre otras aportaciones, el número monográfico sobre Norbert Elías editado por Helena BÉJAR y Ramón RAMOS (1994), y, en particular, el trabajo de Fermín BOUZA (1994).

⁹ Félix LABRADOR (2012), p. 38.

¹⁰ Véase al respecto Daniela ROMAGNOLI (1991a).

árbitro del comportamiento distinguido, y de las élites urbanas (no estrictamente la nobleza cortesana) sus impulsoras¹¹. Aun en el caso de Francia, si bien el poder irradiador de la corte se reconoce fundamental, la historiografía francesa y, en particular, norteamericana sobre los siglos XVII y XVIII ha advertido sobre la creciente importancia que fue adquiriendo París (*la ville*), junto con —y a veces en contraposición a— Versalles (*la cour*), como referente de distinción y buena crianza¹². Con mayor amplitud, se ha criticado el modelo vertical y evolucionista de Eliás, que presenta esas transformaciones como un proceso en última instancia positivo (aunque no lineal) y transmitido de arriba hacia abajo en la escala social¹³.

La idea de que la civilidad es un triunfo de la cultura sobre la naturaleza está muy presente en la obra de Eliás, que entiende la civilización como contención de los instintos y por ello como un proceso de perfeccionamiento a la vez que de renuncia. Un proceso que para Freud, referente fundamental y poco reconocido del propio Eliás (como después de Starobinski), produce un equilibrio inestable entre las pulsiones individuales y las exigencias, controles y tabúes propios de la vida en sociedad¹⁴. Esta dimensión psicogenética de la obra de Eliás, centrada en la interiorización de los mecanismos de control psíquico, ha sido asimismo objeto de críticas. Autores como Anna Bryson se resisten a contemplar las reglas de cortesía como expresiones de una «estructura afectiva» o una «sensibilidad», o bien (al modo freudiano) como síntomas de una represión, para situarlas en el plano más exterior de los códigos de conducta con una dimensión muy re-

¹¹ *Ibid.* y Anna BRYSON (1998).

¹² Daniel GORDON (1994). Véase la respuesta de Roger CHARTIER (2004).

¹³ Justo SERNA (2005) analiza la obra de Eliás, incluidos textos menos conocidos como *Humana conditio*, para clarificar cómo el autor, judío superviviente del Holocausto, admite la posibilidad de la «descivilización» o reversión del proceso.

¹⁴ Para Freud, existe un enfrentamiento inevitable de dos principios dinámicos intrapsíquicos cuya coexistencia se vuelve más difícil en las condiciones de la vida moderna: la pulsión erótica (Eros) y la pulsión agresiva, ligada al instinto de muerte (Thanatos). Los instintos reprimidos por las exigencias de la civilización permanecerían enterrados en el inconsciente y aflorarían en formas distintas (sueños, lapsus verbales, etc.). Véase Sigmund FREUD (1976).

presentativa, es decir, actuada¹⁵. Como ella señala, los manuales de civilidad proponen grados variables (no por fuerza crecientes a lo largo del tiempo) de control del cuerpo, y muchas veces se muestran más preocupados por cuestiones de representación social, forma y ceremonia que por la exploración de las sutilezas de la autoconciencia¹⁶. También desde el campo de la historia de las emociones se ha cuestionado la idea de interiorización progresiva de las coacciones y creciente control de las pulsiones que está en el corazón de la teoría de Elias acerca del proceso de civilización. Medievalistas como Barbara Rosenwein les han reprochado, tanto a él como a Johan Huizinga, que transmitieran una imagen un tanto infantilizada de la Edad Media (o al menos de la época anterior al desarrollo de la cortesía en las cortes feudales del siglo XII), en la que las pasiones reinarían de forma incontinida, lo que remite a una idea en el fondo naturalista de las mismas¹⁷.

En cualquier caso, si la obra Elias nos sigue resultando sugerente no es con carácter de modelo que pueda aplicarse de forma mecánica a distintos temas o circunstancias históricas, sino por su capacidad para relacionar fenómenos de orden diverso y para historizar la propia formación de la subjetividad, y por ello es todavía hoy un referente importante. Entre otras cosas, para entender que las normas de cortesía y civilidad constituyen una educación de los sentidos y los sentimientos, en la medida en que condicionan nuestras respuestas afectivas (placer, vergüenza, repugnancia...). Y ello no como una disciplina coactiva, que coarta la libertad y ahoga los impulsos espontáneos, lo que supondría asumir una idea romántica del sujeto individual, sino más bien como una forma de producción de ese *yo* y de presentación del mismo en sociedad.

Recogiendo desde una perspectiva crítica la herencia de Elias, autores como Jacques Revel, Roger Chartier, Robert Muchembled o Daniela Romagnoli, entre otros, han aplicado a los textos de civilidad un enfoque cultural, indagando no sólo en sus contenidos, sino en sus formas literarias y formatos materiales, en sus contextos de producción y sus modos de circulación (edicio-

¹⁵ Anna BRYSON (1998), p. 13.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 96-97.

¹⁷ Barbara ROSENWEIN (2006).

nes, reimpresiones)¹⁸. Los estudios de estos y otros investigadores del ámbito de la historia o de la crítica literaria sobre una serie de obras y autores (desde Baldassare Castiglione y Stefano Guazzo a Baltasar Gracián, de Shaftesbury a Chesterfield, de Morvan de Bellegarde a Jean-Baptiste de La Salle) han permitido particularizar trayectorias históricas y modelos territoriales diferenciados. Pero también, y sobre todo, han ayudado a superar una forma de entender la historia en la que las influencias culturales parecen irradiar en cada momento, de forma unidireccional, desde un centro (sea éste Italia o Francia, en ciertas ocasiones la monarquía hispánica o Inglaterra) hacia otros territorios. En este sentido, en los últimos tiempos se ha acentuado el interés por los mecanismos de transferencia cultural a nivel europeo (traducciones, intertextualidades) que, apoyándose sobre las teorías acerca de la recepción cultural como práctica activa, ponen el acento en los modos de apropiación que prestan significados distintos a los mismos textos en contextos espaciales y temporales diferentes, tal como ilustran el trabajo de Peter Burke sobre los avatares de *El Cortesano* o sus investigaciones sobre traducción cultural¹⁹.

En la historiografía británica, los estudios sobre la noción de *politeness* y sus prácticas durante los siglos XVII y XVIII han experimentado un gran auge en las últimas décadas, tomando tal concepto como la forma idealizada en que quisieron verse a sí mismas y a su propia época las élites terratenientes y comerciales de la Revolución de 1689 y del período hannoveriano²⁰. Para un sector importante de historiadores, influidos por la poderosa escuela de Cambridge de historia del pensamiento político (Quentin Skinner), pero sobre todo por John G. A. Pocock, la clave de lectura es sobre todo política²¹. Lo *polite* o civil habría sido la noción y el código sobre el que se habría construido el consenso entre la burguesía mercantil y la aristocracia terrateniente, base social del régimen *whig*: un ideal de cortesía, contención y sociabilidad amable

¹⁸ Jacques REVEL (1989), Roger CHARTIER (1993), Robert MUCHEMBLED (1998) y Daniela ROMAGNOLI (1991b).

¹⁹ Peter BURKE (1998) y Peter BURKE y Ronnie PO-CHIA HSIA (2007).

²⁰ Peter LANGFORD (1990) y Lawrence KLEIN (1993 y 2002).

²¹ John Greville Agard POCOCK (1986 y 2002) y Markku PELTONEN (2003 y 2005).

contrapuesto a los violentos conflictos políticos, religiosos y sociales del siglo XVII, lo bastante flexible como para cifrar la distinción no en el nacimiento, sino en los modales, y lo bastante exclusivo como para oponerse, de un lado, a lo «plebeyo» o popular y, de otro, a la cultura aristocrática de la Restauración, actuando como criterio diferenciador y elemento de disciplina²².

Por otra parte, y frente a la insistencia excesiva en ver en las normas de buena crianza y de recta conducta tan sólo un mecanismo de distinción social y de exclusión o disciplinamiento de los inferiores, conviene recordar que las reglas de comportamiento ofrecen dimensiones más amplias. Son «políticas» en el sentido de que expresan y proyectan visiones de la autoridad de la élite y su legitimidad, es decir, proporcionan un lenguaje básico a la vez de solidaridad y de competencia, que transmite tanto la imagen colectiva que de sí mismo alberga un grupo privilegiado y que aspira a imponer al resto de la sociedad, como las relaciones y tensiones en el seno del mismo grupo. Pero también ofrecen un código comunicativo compartido por la sociedad en su conjunto: «an idiom with uses for all sorts of people», en palabras de Lawrence Klein²³. El grado en que los textos hacen explícita la función de los buenos modales como un lenguaje simbólico de deferencia y aserción varía según las épocas y según géneros literarios, públicos y autorías²⁴. Además, los criterios de jerarquización no remiten sólo y de manera exclusiva al estamento, sino también a otras variables sociales que pueden combinarse, complementarse o neutralizarse: el rango, el sexo, la edad, la condición de anfitrión o de invitado. La civilidad brinda, así, un código diferenciador, pero relativamente flexible mediante el cual las gentes que se consideraban a sí mismas «civiles» podrían definir y redefinir sus relaciones²⁵. En este sentido, los estudios sobre la prensa de costumbres, pero también sobre la literatura moral (*conduct literature*) y la novela sentimental que construyeron patrones de comportamiento civilizado en el ámbito de la vida privada, responsabilizando en buena medida de

²² Edward Palmer THOMPSON (1995).

²³ Lawrence KLEIN (1995), p. 24.

²⁴ Anna BRYSON (1998), p. 93.

²⁵ Lawrence KLEIN (1994a, 1994b y 1995).

ellos a las mujeres, muestran tanto el amplio consenso social que suscitó ese ideal como las tensiones que contenía²⁶.

Frente a una visión de las normas de conducta como impuestas por parte del poder o como consecuencia inexorable de las reglas del juego social ligadas a la evolución política, los enfoques más actuales, deudores de influencias procedentes de la sociología (Pierre Bourdieu) y la antropología cultural (Marcel Mauss, Ervin Goffman), vienen a reconocer cierta capacidad de acción de los sujetos individuales e invitan a prestar atención a los usos estratégicos y las adaptaciones, incluidas las críticas, las tensiones y el eventual debate que las reglas generan. En este sentido, me interesan no sólo los textos, sino también quienes los produjeron, usaron y adaptaron. Por ello, y sin adoptar una perspectiva estrictamente biográfica, inviable en un trabajo que maneja muchas y variadas obras, con frecuencia anónimas o de autores oscuros, sí he hecho un esfuerzo por identificar y visibilizar a quienes las escribieron y tradujeron, hicieron uso de ellas, las impulsaron, las leyeron o poseyeron y las comentaron. He buscado así construir un relato poblado de figuras y no de palabras desencarnadas, que muestre cómo conceptos, palabras y textos se prestan a lecturas diversas, a usos matizados e incluso opuestos. Desde la perspectiva de quien lee los libros de civilidad, busca su guía para regular sus acciones o se mira en ellos como espejo para ratificar lo que ya cree saber y practicar, esa literatura es signo e instrumento de un trabajo a un tiempo estético y moral de producción y presentación de sí, ante uno mismo y ante los otros.

Por último, este libro debe mucho a las aportaciones historiográficas de la historia de las mujeres y del género. Y ello no sólo por el significativo bagaje de conocimientos que ha producido en ámbitos como las prácticas mixtas de la sociabilidad elitista de los siglos XVI al XVIII o el papel de las mujeres en la construcción de ideales de comportamiento civil (según ilustra el debate sobre los salones y sobre las implicaciones del ideal de *mixité*)²⁷. Tam-

²⁶ Nancy AMSTRONG (1991), Elizabeth FOYSTER (2002), David M. TURNER (2002) y Martin INGRAM (2000).

²⁷ Dena GOODMAN (1994), Benedetta CRAVERI (2003), Antoine LILTI (2005a y 2009), Roger CHARTIER (1998) y Mona OZOUF (1995).

bién, y ante todo, por las revisiones conceptuales y de enfoque en las que esta historiografía ha desempeñado un papel crucial. En primer lugar, por una mirada atenta tanto a las presencias como a las ausencias de las mujeres y que, de manera más amplia, se interesa por la dimensión sexuada de los ideales de comportamiento y pautas normativas, lo que ha permitido, por ejemplo, resaltar una evidencia que tiende a pasar desapercibida: el carácter fundamentalmente masculino de muchos de los modelos de conducta civil, así como poner de relieve las formas distintas y con frecuencia ambivalentes en que se plantea el trato entre los sexos en los espacios de la sociabilidad²⁸. En segundo lugar, por el modo en que esta historiografía ha cuestionado las dualidades que suelen establecerse, con frecuencia de manera implícita, entre lo privado y lo público, lo social y lo íntimo, el ámbito regulado del comportamiento y los modales y el supuestamente espontáneo de los sentimientos. Dicotomías que, en el caso específico de los estudios sobre las buenas maneras o la civilidad, tienden a interesarse por ésta solo en el campo de las relaciones sociales, dando por sentado que los vínculos familiares o afectivos —al menos desde el moderno desarrollo de la familia sentimental en el siglo XVIII— se regirían por los impulsos innatos del corazón. Lo cual permitiría contraponer la etiqueta social, con sus gestos convencionales y calculados, al libre arbitrio de los sentimientos, que se supone y predica para las relaciones más íntimas, las domésticas o amicales. Por el contrario, y aplicando las sugerencias de la historiografía que ha abordado la construcción cultural de los afectos, entiendo que la retórica y los valores del sentimiento y de la autenticidad constituyen una forma distinta de regulación, que aspira a ser interiorizada de manera más intensa y, por tanto, menos visible que aquella basada en la cortesía y la deferencia: dos códigos complementarios que contribuirían, por ello, a configurar la propia noción de dos ámbitos distintos, separados y a la vez relacionados, lo privado y lo público²⁹. El es-
[...]

²⁸ Los estudios sobre la educación del *gentleman* han prestado mucha atención a su dimensión elitista y muy poca al esfuerzo por producir un modelo de hombría, como bien señala Philip CARTER (2001), pp. 1-14.

²⁹ Leonore DAVIDOFF (1995), pp. 227-273; Roger CHARTIER (2002); Isabel